

## IRONIA Y COSTUMBRISMO EN LOS RELATOS DE CARLOS EDUARDO CARRANZA

por

INÉS R. SANTA CRUZ

La mención de Carlos Eduardo Carranza en el ámbito de la literatura argentina de la región del litoral se ha ido convirtiendo paulatinamente en una referencia erudita. Quizás la falta de reediciones, la muerte del autor en 1935 —pocos meses después de la aparición de sus piezas más importantes colecionadas bajo el título de *Abalorios* (1)— y el silencio de la crítica literaria redunden en el hecho de que su obra resulte, en este momento, una curiosidad.

Los memoriosos lo señalan como al 'socio de Mateo Booz', nominación que ubica su figura de manera ancilar a la del gran precursor del cuento literario en nuestro medio. Si bien ambos jalonan una etapa del relato santafesino, debe destacarse que al afrontar el género donde dieron sus mejores frutos cada uno lo hizo con su propia voz.

Carranza nació en Casilda (Provincia de Santa Fe) en 1881 y llega, efectivamente con Miguel Angel Correa, a la capital de la provincia en los primeros años de la segunda década del siglo. Ambos habían hecho periodismo en Rosario; en Santa Fe se inician como redactores de "Nueva Epoca" dirigida por Gustavo Martínez de Zuviría. Asociados, escribieron en co-

(1) CARLOS EDUARDO CARRANZA, *Abalorios*, Bs. As., Librería y Casa Editora de Jesús Menéndez, 1935. Las citas y nº de página corresponden a la edición.

laboración novelas cortas y piezas teatrales hasta que se separan en 1923. Los mayores logros del binomio lo constituyen —según Edgardo Pesante en *El cuento literario de Santa Fe* (2)— una novela corta, *El salvador de la estirpe*, y una obra teatral, *Don Osorio*, estrenada por un elenco encabezado por Miguel Fausto Rocha y dirigido por Don Armando Discépolo.

Un relato de *Abalorios* parece referirse a las vicisitudes de la gestación en conjunto, se titula “Dos autores teatrales” y nos da cuenta de las andanzas de dos periodistas, Florencio Meléndez y Torcuato Ochoteco, embretados en la aventura teatral. Este presunto testimonio está concebido con mucha sorna y sentido de autocrítica. El título de la pieza en cuestión se titula ‘Fata’idad’. Versa sobre un drama de contrabandistas situado en el Quillá y es puesta en escena gracias a la buena voluntad de unos comediantes de baja categoría. Pero el despliegue técnico (o pirotécnico) es tan exagerado —como parece requerirlo el gusto de la época— que los autores son arrestados por subversivos, dado que en la noche del estreno sobreviene una revuelta de los autonomistas y el auditorio no puede distinguir entre los estampidos que vienen de la calle y los estruendos del escenario. Finalmente, en la soledad de Ushuaia los noveles creadores deciden abreviar nociones estéticas en las recientes muestras del realismo mágico a través de un volumen de Máximo Bontempelli que, para recrear su encierro, les manda un amigo. Detrás de estos lineamientos está presente la mordacidad del autor de *Abalorios* en la autocensura, si bien este tono, dosificado en suave ironía o virando hacia el grotesco, marcará todos sus cuentos.

Carranza oficia de prologuista y exegeta de su colección de relatos. En cinco páginas nos da cuenta de su vivencia creativa, de lo que espera de sus lectores y en cierta manera de lo que piensa acerca de la literatura. Un humor conceptista zumba en su discurrir:

(2) EDGARDO PESANTE, *El cuento literario en Santa Fe*, Santa Fe, Cuadernos Santa Fe, Dirección General de Cultura de la Prov., 1969.

No sé cuál será la opinión de la crítica sobre este libro, pero me tiene sin cuidado. Acaso un poco de silencio baste para hacerle justicia, pero si no es así me anticipo a las objeciones probables. De "Abalorios" puede decirse que es un mosaico de piezas que no ensamblan por falta de unidad. A la pintura de brocha gorda de costumbres rurales, siguen episodios de la vida urbana animados por tipos que el autor deforma, tal vez intencionalmente, procurando efectos sobre la sensibilidad grosera del lector que no lograría con recursos más afinados. El estilo que a ratos se eleva en una desesperada intención de casticismo, desmaya apenas el cuentista sufre la extenuación del titánico esfuerzo que, evidentemente ha realizado para mantener el tono, y degenera en una estólida construcción cuyo equilibrio salva a duras penas una especie de instinto que tal vez sea en él un sentido auxiliar. No se diría sino que este hombre estuviera atacado de sordera absoluta y que así como no puede controlar el registro de su voz sufre mientras escribe un desconcierto mental como percusión del desbarajuste fónico.

El conjunto de veintiún relatos que componen *Abalorios* definen tanto a Carranza como al mundo que trata de plasmar en sus ficciones narrativas. Como bien dice en su prólogo esta serie de textos no constituye un sistema, como quizás lo sean las obras cuentísticas de Mateo Booz. Hay necesidad de acumular materiales, de abarcar y sumar. Por tanto más que el regocijo en la propia creación se advierte la prisa por mostrar apretadamente todos los perfiles, en cierta manera detractables, del mundo de su época. Sus composiciones, encuadradas dentro de los principios rectores del cuento clásico en cierta manera trasvasan los límites de lo sugerente, trocando la mesura del apunte alusivo por la crítica explícita.

Carranza cree, o en realidad quiere creer en la función didáctica de la literatura, específicamente de la sátira. Sin

embargo una profunda experiencia, acrecentada quizás por esa roce diario que le proporciona su tarea burocrática —empleado en los tribunales— con un mundo invulnerable a las sutilezas lo lleva a expresarse en una actitud defensiva y a la vez escéptica. Dice socarronamente respecto de sus posibles lectores:

“...un título que, acaso, suscite sospechas de una intención agresiva para quienes lo lean, si a poco de hacerlo recuerdan que con Abalorios catequizaban al indígena los conquistadores...”.

#### *Componentes del costumbrismo crítico*

El costumbrismo crítico se actualiza en sus textos de manera distinta que en Miguel Angel Correa. Si éste visualizó con bonhomía y perspicacia, Carranza realizó algunos cambios en la graduación de su lente. En algunos relatos encuadró hacia un ángulo distinto: de la alicaída élite de la capital provinciana pasó a su expresión ridiculizada, la de la expirante y pretenciosa “aristocracia” de los pueblos del interior. No se conformó con el sabor agridulce que le proporcionaban los acontecimientos de un mundo sin valores fundamentales sino que extrajo de lo cotidiano aquellos elementos donde el estado de degrado no admitía sordina en su expresión ni escapaba al grotesco.

Uno de los ejemplos más relevantes lo constituye el relato “Noticias de las Tijeretas”, donde Carranza no omite sugerencias mordaces en la historia de la decadencia de la familia coronel, cuya mediocridad se acentúa en el tratamiento irónico de las cualidades de sus componentes o en la especificación de la idiosincracia de un ambiente pueblerino lleno de mezquina vulgaridad, sobre todo en la picardía de algunas escenas como la del día de pesca o de la función de circo.

En la historia se verifica cómo dicha familia pierde su situación hegemónica en el pequeño pueblo de Las Tijeretas y los diversos reveses de fortuna que le quitan su condición de “espejo de costumbres y buen tono”.

Respecto a la idiosincracia del pueblo, el autor nos informa que es una villa pequeña pero alegre, con agua potable escasa y que debido a la sequía reinante la mayoría de la población ha perdido la costumbre de bañarse. Existen dos enigmas en la villa: uno de larga data y ya casi solucionado científicamente: el de la fuerza del clima que favorece el nacimiento de los niños al cuarto o quinto mes de la boda de sus padres, fenómeno que por lo reiterado está a punto de convertirse en base de una tesis científica que —según los comarcanos— merece divulgación internacional. La solución climática no convence a Macedonia Coronel, muchacha soltera que no goza de simpatías por registrar prolijamente en su libreta las fechas de bodas y natalicios por si se quema el registro civil. El otro enigma es el que intenta resolver el comisario Retamoso: la identidad del ladrón de los novillos de Don Redento Galmarín. Este sabueso con excelente criterio técnico orienta su pesquisa siguiendo el olor a carne asada —sospechoso indicio en épocas de crisis— proveniente de las cocinas del pueblo, especialmente de las de la familia Coronel, pero a pesar de la certeza de su investigación, unas palabras a puertas cerradas entre el comisario y don Bailón Coronel dan por terminadas las indagaciones y el dueño de los novillos se queda maldiciendo a la justicia, al país y al gobierno.

Por aquellos tiempos la estirpe de los Coronel acusa el parámetro típico de la genealogía de villorios. Del árbol patriarcal, fundado por don Mamerto, se desprenden las siguientes ramas: Sinforoso, casado con Rufina Zalazar y dueño del almacén “Toma y traiga” así como del único vehículo que existe en Las Tijeretas; éste consiste en un chevrolet que alcanza la velocidad de doce kilómetros por hora, no tiene arranque y carece de batería para el alumbrado. Pequeñas dificultades que subsana con un ladrillo en el momento de darle manija,

un marlo en el radiador y en cuanto a la falta de luz, poniendo un buen farol en el capot.

El más distinguido de los hermanos es don Loreto, quien por estar enfermo de 'exofagitis' va documentando en una libreta las alternativas de su estado y sobre todo los tecnicismos médicos que lo describen a fin de asegurar el prestigio y la elegancia de sus respuestas cuando los parroquianos le inquietan por su salud. Aparte de Avelino, boticario-poeta, de Bailón, agricultor sin suerte y de Macedonia, aficionada como ya vimos a las estadísticas, está Juan, una especie de Apolo criollo que nunca dejó su sana costumbre de no hacer nada, a no ser añorar un puesto de comisario que los avatares políticos le quitaron. Muy circunspecto, con el lema "hay que desensillar hasta que aclare", cuida su imagen de futuro hombre público no ocupándose de tareas inadecuadas a su condición.

La crisis sobreviene en etapas. Macedonia debe dejar su libreta de anotaciones para recibir a dos robustos mellizos a los pocos meses después de su boda. Loreto muere en el momento en que con preciosos tecnicismos anotaba su cura de la exofagitis y Juan que, encendido de amor por la ecuyer del Circo "Los cuatro vientos" se inicia como levantador de pesas en la función inaugural del mismo mientras la familia se retira de los palcos con 'la dignidad hecha girones' y sobre todo en el preciso momento en que iban a ofrecerle la vacante de comisario añorada durante décadas.

### *Constantes semánticas*

Las constantes semánticas remarcables —ya que no podemos hablar de un verdadero sistema en esta colección de narraciones— apuntan a la necesidad de dar testimonio crítico de la vida en las comunidades de provincia durante el segundo cuarto de siglo. Carranza se introduce en la óptica del habitante de aldea que, limitado a un contorno monótono y sin atractivos singulares, mimetiza el acontecer metropolitano. El

orgullo de casta, la intriga cortesana, el prestigio de una imagen pública y por añadidura el esplendor de las primeras muestras hollywoodenses son modelos que acicatan la imaginación de los parroquianos; modelos que trasplantados a las proporciones del ámbito adquieren los ribetes más ridículos.

Sin duda es difícil hablar de una expresión propia en los pueblos de la campaña santafesina, siempre cercanos y dependientes de la influencia de ciudades rectoras que a su vez completan sus aspiraciones en el parámetro porteño. Además, por esos años se ha superado la coyuntura épica afrontada con el aliento de los pioneros.

El componente humano presentado en los textos de *Abalorios* corresponde a generaciones posteriores y sobre ellas el autor no escatima dardos. Es decir, increpa a esa suerte de "mesocracia provinciana" conformada —según Laura Milano en su estudio sobre Mateo Booz<sup>(3)</sup>— por aquellos descendientes de los pioneros que, renegando de la misión heroica de sus antecesores, de la conducta digna y el espíritu laborioso orientado en pos de cierta dimensión espiritual, truecan estos afanes por los del rápido cambio de fortuna, el arribismo y en muchos casos las pretensiones de vitalicios acreedores a cargos públicos.

Uno de los ejemplos de este tenor lo constituye la familia Trujillos, en el relato *El ángel custodio*, cuyo patriarca, un hidalgo descendiente de los conquistadores, ya en la miseria, está a la espera de soluciones milagrosas como el éxito de sus disparatados inventos o el encuentro de algún tesoro escondido.

El milagro llega pero gracias a una benefactora oportuna, Doña Deogracias Pesqueira, viuda de un policía que solventa con sus ahorros a la familia hasta que ésta por prejuicios sociales retira su amistad a la generosa señora.

(3) LAURA MILANO, *Mateo Booz*, Rosario, Cuadernos del Instituto de Letras, Facultad de Filosofía de la Univ. Nac. del Litoral, 1964.

Es importante señalar que en casi todas las historias aparecen de alguna manera las consecuencias de una creciente crisis económica. Sin mucha prolijidad cronológica las crónicas se ubican en ciudades y pueblos santafesinos durante la década de 1930. Las penurias varían desde el latrocinio de gallinas para completar las escuetas entradas de un empleado público hasta el fantasma de las cesantías causadas por la creciente quiebra de negocios, como en el caso de Melendo Fraguero —en “La tragedia de Gumersindo Chamorro”— decidido a cultivar sus incipientes dotes literarias ante la carencia de otras entradas más remunerativas.

También —por el mismo motivo— es notable la falta de ocupación de profesionales; entre ellos los abogados, o ligados a engorrosos ritos de cortesías al modo de Don Salustio Cardoso —en “El sucesorio de Vergara”— a quien vemos desplegando profesionales condolencias, por equivocación, en un velatorio a fin de obtener el juicio sucesorio que sacara las telarañas de su bufete. O bien el caso de Daniel Solórzano, arquitecto resignado a instalarse en tertulia permanente frente a las ociosas mesas de la confitería “La Cosechera” por falta de otro tipo de realizaciones más alentadoras. Tal es la historia del héroe en el cuento “Historia de un hombre andariego”.

En los relatos referidos a las zonas rurales hay testimonio del creciente malestar social, por ejemplo las rebeliones obreras en el norte de la provincia, según lo muestran las referencias periodísticas en “Faltaba una prueba”. En lo urbano se perfigura una de las constantes temáticas presentes en textos posteriores dedicados a la expresión de la problemática del hombre ciudadano: la visión desolada del burócrata sin posibilidades de dejar de serlo. Dentro de esta tónica se destaca la tierna historia de Osvaldo Bortoluzzi en “Los sueños de Mirasol”.

Este impecable oficinista, al realizar un balance de su existencia toma conciencia de los ribetes opacos de la misma y cree, entonces, paliar su hastío buscando alguna aventura amorosa. El pobre Mirasol —apodo que acreditaba la compostura

de Don Osvaldo— cae en el ridículo cortejando a una dama sin saber que era la esposa de su propio jefe de oficina.

El miedo al ridículo constituye un invariante que cualifica la aventura vital de muchos protagonistas de la villa provinciana como se muestra en “Casamiento por azar” donde Delmiro Cortés, haciendo honor a su patronímico, se casa con una novia que le han adjudicado por error, para no desairar a la muchacha.

No queda tampoco sin cuestionamiento la imagen liberal del caballero que persiste en el endiosamiento de su individualismo egoísta considerando el culto a su predicada honorabilidad como un fin en sí mismo y no como un medio de integración vital y social. Un hipertrofiado sentimiento de la dignidad y de la propia estima llevan a Gumersindo Chamorro en “La tragedia de Gumersindo Chamorro” a destruir vidas cercanas como la de su esposa y su hijo para terminar, casi confundido con una estatua, por su tieso traje blanco y sombrero panamá, rumiando silenciosamente una decisión, en la Plaza de los Constituyentes, tradicional paseo de suicidas elegantes.

La placentera costumbre del café en rueda de amigos —hábito de gran arraigo en épocas de desocupación así como la de la novelita de bolsillo en las plazas— es uno de los aspectos que Carranza trata con más bonhomía. Es indudable que el arremansado encuentro sin prisa por apremios laborales fue incentivo de vocaciones artísticas e investigativas. Sin embargo el autor no deja de poner su nota de acíbar respecto a esos dilatados debates donde —según él— por el énfasis de los contrincantes parecía posible esperar un arribo a definiciones originales o mesiánicas. No obstante, los tópicos versaban a veces de la ventaja de ser o no vegetariano, o bien, de los beneficios de la ducha o la bañera, como lo ejemplifican las inabarcables tenidas de Adimanto Zavaleta y Rogaciano Caravana en el relato “Un casamiento por azar”.

El variado friso de anécdotas presentadas en *Abalorios* demuestra también las preocupaciones personales del autor

en tanto periodista y creador de ficciones literarias. Su inquietud de espíritu no dejó de problematizar aquellas tareas que le eran inherentes. De allí el cuestionamiento de toda visión unilateral, maniquea y pontificatoria en la difusión del pensamiento. Respecto de la misión del periodista nos presenta en el cuento "Faltaba una prueba" la inseguridad del director del periódico "El Siglo" al estimar la capacidad periodística y en última instancia humana de dar una visión objetiva y justa de la realidad. Por ello, cuando el corrector le presenta la última prueba de página corregida, se ve a sí mismo convertido alegóricamente en una inmensa tira de papel que, siendo responsable de todas las otras, nunca va a poder ser debidamente perfeccionada.

También es señalable la crítica que insinúa en el relato "Nuestros padres" a la adopción fallida de la estética del realismo socialista, tendencia que se perfila en América Hispana por aquellos años. Es el tema del intelectual, pleno de vocaciones reivindicatorias pero desprovisto de expresión propia, es decir aquella capaz de encarnar las vivencias profundas personales y de su entorno. Esta carencia lo lleva a plasmar imágenes de acuerdo a parámetros ajenos y no pertinentes. Es el caso del escritor Pablo Mastronardo —en el texto mencionado—. Este, para acrecentar el afecto crítico de su discurso e imprimir dramatismo, incorpora a su núcleo provinciano las lacras consecuentes a una posguerra inexistente. Su limitado horizonte creativo lo conduce a revestir de tales lacras a su familia y allegados, quienes al verse retratados en los textos con tales deformidades irrumpen con airadas protestas en la casa del escritor.

### *Composición y sentido*

Para concluir, las notas distintivas que marcan los relatos de Carlos Eduardo Carranza destacan algunas constantes en la organización compositiva de su materia literaria.

En líneas generales se aviene a la estructura del cuento clásico: interna ligazón de los elementos y unidad de efecto, pero por la necesidad de aglutinar notas caracterizadoras, la tensión es menos sostenida que en los de Mateo Booz. La abundancia de personajes en algunas narraciones redundante en el cruce de diversas historias que confluyen entre sí muy tangencialmente, razón por la cual dicha tensión se diluye notablemente.

Por esa misma inclinación a bifurcar historias y volverlas a juntar apela a recursos de la narrativa clásica; por ejemplo, el cruce de situaciones propio de la comedia de enredo o equivocaciones va hilvanando los pasos de "Historia de un hombre andariego", "El Microbio de Hansen", "Un ladrón", "Los vengó a todos", "El sucesorio de Vergara". El cierre que remata los cabos de los diversos momentos narrativos se consigue mediante la inversión de situaciones, un poco a la manera del burlador burlado, a través de la cual los protagonistas cambian totalmente la condición que revestían al comienzo de sus actuaciones: el ladrón convertido en una especie de Papá Noel —"Un ladrón"—; el marido andariego que sumergido en las lecturas de Julio Verne se vuelve un estorbo en su casa; el cuidadoso jefe de familia preocupado por los saqueos a su gallinero no repara en que desean robarle a su esposa —"Los vengó a todos"— y especialmente los sucesivos cruces de situaciones que plantean los diversos matrimonios del protagonista en "La tragedia de Gumersindo Chamorro".

En cierta manera se dibuja el peregrinar de la novela de aventuras adaptado al relato breve, incluso algunos elementos de la novela sentimental a la manera de Lope de Vega como el tópico de la dama que, dado los prejuicios de la época, a fin de seguir a un amado que la abandona debe disfrazarse de hombre y correr una serie de riesgos. En este caso el tópico se actualiza en la 'intrepidez' de la suave Elvira Grajera —"Historia de un hombre andariego"— a quien vemos enfundada en traje y gorra masculina siguiendo a su vagabundo

marido a sus ociosas tardes en "La Cosechera", confitería situada en una esquina céntrica de Rosario.

Con cierta mordacidad Carranza consigue el efecto grotesco jugando con las proporciones. Es decir, busca una forma épica y grandilocuente para minimizar la materia anecdótica que le proporciona la estrechez y bravura del devenir provinciano. Por ello desestima el tono intimista que dio excelentes resultados a Miguel Angel Correa.

En esa misma búsqueda de efecto encuadramos su abuso —como el subraya 'extenuante'— de casticismos, tendencia que motivaría un estudio pertinente. También, como reafirmación del tono humorístico, se debe destacar la elección de apelativos de tal resonancia que parecen apodos. Por ejemplo en "El ángel custodio", los sueños de celebridad de Don Trujillo, cuya hidalguía parece remontar a la corte de Don Juan II, se manifiesta en los nombres adjudicados a sus descendientes: Sócrates, Edison, Cleopatra, Desdémona y Macbeth Trujillo; y sobre todo los que tiene preparados para la próxima generación: Epaminondas, Artajerjes, Lisistrata, Newton, Fredegunda y Chilperico. En realidad, Edison mantiene a la familia con su sueldo de trompetista en la banda de policía y los ribetes trágicos de la intrigante y sangrienta Lady Macbeth se aparecen en una Macbeth Trujillo que distribuye a sueldo masajes curativos entre artríticos y reumáticos santafesinos.

Como si fuera poco el juego de contrastes con efectos irónicos, en este solo relato, de siete capítulos con epígrafes a la manera de las novelas de aventuras clásicas, inserta en el discurso más de treinta cultismos y arcaísmos: zaragatas, espolique, guachapear, lacticinea, notomía, estriduló, robinete, socaire, avilantez, chirigotas, bigardos, comentarios, pitorreo, palitroque, alicatado, chichisbeo, abur, agnaticio, monsergas y muchos más. Los cultismos, junto con la nominación ponen en relevancia un plano de alusión semántico-fónico que apunta a reforzar el efecto grotesco. Carranza se vale de la inadecua-

ción de un discurso elocuente, de algún modo declamatorio, para realzar la trivialidad y lo absurdo de la escala de valores que animan a sus criaturas literarias.

